

IDA LAURA PFEIFFER (14 de octubre de 1797 - 27 de octubre de 1858)

Pfeiffer nació en Viena, la tercera de los seis hijos de Alois Reyer y Anna Rosina von Schwernfeld. Su padre era un rico industrial algodonero y fabricante de muselinas, propietario de la empresa *Reyer und Schlick*, originaria de Klagenfurt, en Carintia.

Al ser la única chica de la familia (su hermana Marie nacería nueve años más tarde), explicaba que «mi placer más importante era vestirme de chico, participar en sus juegos, travesuras y locuras». Tampoco le gustaban las muñecas ni los juguetes relacionados con el hogar, solo se divertía con tambores, sables y fusiles. Su padre estaba muy satisfecho con esta «anomalía» y de manera indirecta la indujo a mostrar coraje, resolución y menospreciar el dolor. Alois Reyer tenía unas ideas particulares sobre lo que debía ser la educación de sus hijos y con una moral muy rígida daba órdenes estrictas con el fin de controlar sus deseos.

Alois murió en 1806 y los chicos fueron ingresados en una institución para continuar sus estudios. La madre se hizo cargo de la hija y con su ánimo triste quiso sacarle la ropa de niño y cambiar los pantalones por faldas. El intento le pareció a Ida tan terrible, tenía diez años, que incluso cayó enferma. El médico aconsejó que se le devolvieran las ropas de niño y la madre aceptó, de manera que enseguida se restableció su salud y vivió más que nunca como un chico. Pero a los trece años ya no lo pudo evitar, su madre la obligó a ponerse la ropa propia de su sexo y ya sería para siempre. No se trataba únicamente de un cambio de disfraz sino también de conducta, de ocupación y de hábitos: «Al principio resultaba incómodo y me sentía ridícula con mi largo ropaje, pero seguí corriendo y saltando con toda la turbulencia de un chico».

A partir de 1810, la madre de Ida contrató a Josef Trimmel como tutor e Ida le tomó gran afecto: «Él me trató con una infinita bondad y delicadeza extrema; y como había aprendido mucho más a temer a mis padres que a quererlos, sentí por él una especie de pasión». Más tarde, un griego rico pidió la mano de Ida, pero ella se negó, estaba enamorada de Trimmel. Él le confesó igualmente su amor y resolvió pedir la mano a su madre Anna Rosina, que lo consideraba como «el sexto hijo querido». Pero rechazó absolutamente dar su consentimiento y la simpatía que tenía por Josef se transformó en aversión, él no podía ser candidato, Ida recibiría una considerable fortuna y él solo tenía un salario modesto. La joven sufrió una gran decepción y declaró formalmente «que sería la esposa de Trimmel o no me casaría con nadie».



Retratos de Ida Pfeiffer (de joven, fecha inconcreta) y de Josef Trimmel (1849).

Ida cayó en una profunda depresión y enfermó gravemente, incluso tuvo delirios, hasta que una de sus cuidadoras, por error, le informó que se esperaba el fin de sus días de un momento a otro. Entonces se sintió totalmente calmada, cayó en un sueño profundo y poco después se recuperó de aquella crisis. El padre de Ida había dejado una fortuna considerable y a ella no le faltaban pretendientes, pero rechazaba todas las solicitudes y la relación con su madre era cada vez más tensa pues le pedía insistentemente que eligiera un marido. Finalmente declaró que aceptaría al primer pretendiente que llegara, siempre que fuera un hombre de cierta edad: «Quería demostrar a Trimmel que no era amor sino una cuestión moral la que me empujaba a casarme».

En 1819, cuando Ida acababa de cumplir los veintidós años, en casa de los Reyer fue presentado el doctor Mark Anton Pfeiffer, viudo y con un hijo ya mayor, uno de los abogados más destacados de Lemberg (actualmente Lviv, Ucrania), en la antigua Galizia. Sorprendentemente, un mes más tarde llegó una carta de Pfeiffer en la que pedía formalmente la mano de Ida, con quien únicamente había intercambiado unas pocas palabras sobre temas intrascendentes. Sin embargo, Ida reflexionó sobre la oferta: «El doctor Pfeiffer parecía un hombre muy distinguido y educado, pero lo que le daba mayores posibilidades a mis ojos era que vivía a centenares de kilómetros de Viena y que tenía veinticuatro años más que yo». Al cabo de ocho días, Ida aceptó, con la condición de informar al doctor Pfeiffer «sobre el verdadero estado de mi corazón, sin ocultar nada a mi pretendiente y con la esperanza de que desistiera en su petición». Pero Pfeiffer pronto respondió que no se sentía sorprendido «que una joven de veintidós años ya hubiera amado a alguien y que su franqueza y sincera confesión aún la hacían más interesante, no se arrepentiría de su decisión». Poco después, el 1 de mayo de 1820, Pfeiffer e Ida contrajeron matrimonio en Viena y luego partieron hacia Lemberg.

Pfeiffer era un hombre recto e íntegro y en aquel momento descubrió que existía un gran abuso en las rutinas administrativas de Galizia y no faltaban los funcionarios corruptos. Se celebró un gran proceso judicial y diversos empleados fueron despedidos o trasladados, pero su posicionamiento lo perjudicó y le ocasionó consecuencias desafortunadas, se había ganado la enemistad de la mayoría de empleados de la administración pública y este sentimiento lo obligó a renunciar a sus funciones como abogado, pues «lejos de ser útil a sus clientes, solo podría perjudicarlos». Entonces, era el año 1821, Pfeiffer y su esposa se establecieron en Viena, donde él pensaba encontrar fácilmente una ocupación. Pero no fue así, su reputación le había precedido y sus esfuerzos por encontrar trabajo resultaron inútiles.

La pareja alternó diversas estancias en Lemberg y Viena pero la grave situación no mejoró y «la vergüenza y la necesidad aparecieron peligrosamente. Dios sabe lo que tuve que sufrir durante dieciocho años de matrimonio, no por el abuso de mi marido, sino por las dificultades de una situación tan difícil que generaba malestar y necesidad. Tenía que preocuparme de todas las tareas domésticas, padecía frío y hambre, trabajaba en secreto para conseguir un salario dando clases de dibujo y de música. Y no obstante, a pesar de mis esfuerzos, a menudo había días donde no tenía otra cosa que pan seco para dar a mis pobres hijos. Sin duda podría haber pedido ayuda a mi madre o a mis hermanos, no me la habrían negado, pero mi orgullo lo impedía. Durante años luché contra la necesidad escondiendo mi situación y a punto estuve de sucumbir a la desesperación, solo mantenía mi coraje cuando pensaba en mis hijos. Finalmente, el exceso de sufrimiento me obligó a hablar de mis sentimientos y recurrí en diversas ocasiones a la ayuda de mis hermanos».

Ida tuvo dos hijos, Alfred y Oscar, nacidos en 1821 y 1824 respectivamente, y también una hija que vivió unos pocos días. Su educación fue llevada casi en exclusiva por ella y como el más joven mostraba un gran interés y aptitudes por la música, se concentró en desarrollar sus virtudes. En 1831 murió la madre de Ida, la herencia no le generó una gran fortuna, pero como mínimo le aseguró unos ingresos suficientes para poder vivir y criar a sus hijos. La situación de su marido, ya sexagenario, no mejoró y finalmente, en 1835, Ida decidió instalarse definitivamente en Viena mientras Pfeiffer se quedó en Lemberg, retenido por «sus costumbres y quimeras» y solo visitó esporádicamente Viena para ver a su mujer y a sus hijos.

Ida visitó Trieste con su hijo pequeño enfermo, a quien le recomendaron que tomara baños de sal; allí estuvo durante dos meses, en casa de su hermano Franz. Vio el mar

por primera vez y la impresión que tuvo fue extraordinaria. Los sueños de su juventud se despertaron con las imágenes de países lejanos y desconocidos: «Sentí un deseo invencible de viajar y me habría gustado subir al primer barco y partir por encima del océano inmenso y misterioso. Solo me detuvo el deber con mis hijos, al menos hasta que fueran autosuficientes y pudieran vivir solos».

Esto sucedió pronto, pues los dos se abrieron camino profesional y ella quedó libre de compromisos. Alfred se dedicó al comercio siguiendo los pasos de su abuelo materno y Oscar a la música¹. Con su posición asegurada, Ida recuperó sus ideas sobre el viaje. El viejo proyecto de ver mundo la invadía por completo y no había nada en contra para no hacerlo. Lo único que le preocupaba era que viajaría sola, estaba obligada a hacerlo así, su marido era muy mayor y los hijos no podían dejar sus ocupaciones durante mucho tiempo. La cuestión monetaria también le hizo reflexionar, los países que quería visitar no tenían hoteles ni ferrocarriles y los gastos serían importantes pues los viajeros estaban obligados a llevar consigo todas sus pertenencias. Los recursos de Ida estaban limitados pues parte de la herencia se había dedicado a la educación de los hijos: «No obstante, tampoco pensé mucho en todo esto. Sobre el punto que yo fuera una mujer y viajara sola, me fiaba de mi edad, tenía cuarenta y cuatro años, ya no era joven; y también de mi valor y de la fuerte independencia adquirida en la escuela de la vida, cuando me había hecho cargo de los hijos y en ocasiones del propio marido. Por lo que respecta al dinero, solo gastaba lo que era estrictamente necesario y no me asustaban las incomodidades ni las privaciones, yo había soportado mucho y por fuerza. La última pregunta era dónde ir, y también la resolví pronto, tenía dos proyectos que acariciaba desde mi juventud: viajar al Polo Norte y a Tierra Santa».

El polo norte, a pesar de su poder de atracción, presentaba dificultades insuperables; por tanto, solo quedaba Tierra Santa. Pero cuando Ida Pfeiffer comunicó su intención de visitar Jerusalén fue tratada como loca y extravagante, nadie pareció tomarse en serio su proyecto. Ella persistió en su resolución pero ocultó el verdadero propósito del viaje y habló únicamente de visitar Constantinopla, donde tenía una amiga con la que había mantenido correspondencia durante mucho tiempo, y todos la creyeron.

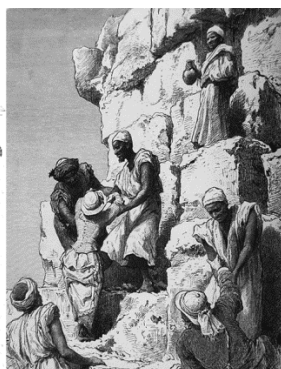
Los viajes de Ida Pfeiffer

El primer viaje de Ida, a Tierra Santa, se inició el 22 de marzo de 1842. Recorrió el Danubio hacia su desembocadura y entró en el mar Negro para dirigirse a Constantinopla; visitó la ciudad y también Bursa, al pie del monte Uludag (Olimpo), donde aprendió a montar a caballo. El 17 de mayo se dirigió a Esmirna y de allí a Beirut, Sidón, Tiro, San Juan de Acre, Haifa y Jerusalén, el río Jordán y el mar Muerto. Pasó por Nablús, Nazaret, el monte Tabor, el lago Genesaret y el monte Carmelo.

El 1 de julio atravesó el desierto y visitó Damasco y las ruinas de Baalbeck. Visitó Biblos, se dirigió a Lismasol en Chipre y de allí a Alejandría. En Egipto recorrió El Cairo, del delta del Nilo, las pirámides de Guiza y de allí, en camello y a través del desierto, Suez y el Mar Rojo. Regresó a Alejandría y ya de vuelta, pasó por Italia: Siracusa, Catania, Mesina y Palermo en Sicilia; Nápoles y el ascenso al volcán Vesubio; luego Caserta, Roma, Florencia, Ferrara, Bolonia, Venecia, Padua, Trieste y Viena, donde llegó a mediados de diciembre de 1842, tras nueve meses de ausencia. Llegó a su

¹ Oscar Pfeiffer fue un pianista, compositor y emprendedor artístico que desarrolló una extraordinaria carrera internacional como virtuoso, organizador y profesor en Brasil y Portugal. Por sus muchos viajes y actuaciones en diversas partes de Europa y América es considerado de igual manera que otros grandes virtuosos del siglo XIX.

ciudad «sana y en perfecto estado de salud y con la felicidad de saber que mis amados estaban bien y encantados por mi regreso».



Ida Pfeiffer en ruta hacia la pirámide de Keops. Izquierda: transportada en brazos por do árabes para evitar mojarse en el río Nilo debido a una crecida de sus aguas. Derecha: Ida es ayudada a escalar los grandes bloques de piedra de la pirámide, muchos de ellos con más de un metro de altura.

Pfeiffer publicó su viaje a Tierra Santa en Viena en 1844, con el título *Reise einer Wienerin in das Heilige Land*. En su primera edición aparece una dedicatoria a una tía suya de Trieste, «la bien nacida Señora Constanzia von Reyer, nacida von Milesi», quien dice que conoce la obra de manera meticulosa y le da su aprobación «atendiendo a su juicio experto». El caso es que donde debería constar el nombre de la autora solo aparecen dos iniciales, "I.P". Esto no solamente debería atribuirse a la modestia de Ida sino sobre todo a la preocupación de la familia por su reputación. En la edición siguiente, de 1846, ya firmó como *Ida Pfeiffer, geborne Reyer* (nacida Reyer). Es dudoso saber hasta qué punto Ida quería mantener su identidad en secreto, pues en el título ya explicaba que se trataba de una vienesa que viajaba a Tierra Santa; y juntamente con sus iniciales ya daría una pista de quién se trataba, no habría pasado desapercibido para buena parte de los lectores. Ida no aportó nada nuevo sobre los lugares que visitó pero debe valorarse que las informaciones ofrecidas estaban siempre muy bien documentadas y esto fue una constante en su obra. A pesar de que ésta no fue escrita con el estilo poético y refinado de los viajeros de moda, el libro fue un éxito, como lo demuestra las tres ediciones en alemán, la última en 1856².

Pfeiffer inició el segundo viaje partiendo de Viena el 10 de abril de 1845; pasó por Praga, Dresden, Leipzig, Magdeburgo y Hamburgo. Después se dirigió a Kiel y embarcó rumbo a Copenhague, donde llegó el 27 del mismo mes. Allí tomó un nuevo barco hacia las islas Shetland y llegó al puerto de Havenfjord el 16 de mayo, a tres kilómetros de Reikiavik. Ida visitó la isla cercana de Videy, Tingvellir, el desfiladero de Almannagjá y el cercano lago de Tingvallavatn. Luego partió en caballo para ver los géisers y ascender al volcán Hekla. Regresó a Reikiavik y el 29 de julio se dirigió a Copenhague; y de allí, pasando por el estrecho de Kattegat y Goteborg, hacia Oslo (Christiania) y la región de Telemark, en Noruega. Luego regresó a Goteborg y navegó por el canal de Göta en dirección a Estocolmo, pasando por Trollhättan, el lago Vänern, Sjötorp y los lagos Vättern y Roxen. El 12 de setiembre, desde Estocolmo, Ida marchó al norte, hacia Upsala y luego visitó las famosas minas de hierro de Dannemora. Poco después fue recibida por la reina de Suecia en el Palacio Real y enseguida inició su viaje de regreso, pasando por Travemünde (muy cerca de Lübeck), Hamburgo, Berlín, Charlottenburg (actualmente un barrio de Berlín), Potsdam, Dresden y Praga. Ida llegó a Viena el 4 de octubre de 1845, un viaje de seis meses.

² En 1852 apareció la edición inglesa, ilustrada con ocho grabados; y más tarde sería traducida al checo y al holandés.



El volcán Hekla estuvo inactivo durante más de setenta años, la última gran erupción ocurrió en 1766, hasta que el 2 de setiembre de 1845, a las nueve de la mañana, explotó de repente, solo cuatro meses después de la visita de Ida Pfeiffer. (*The Story of Ida Pfeiffer and her travels in many lands*, 1879).

El diario de este segundo viaje apareció el año 1846 con el título *Reise nach dem skandinavischen Norden und der Insel Island*. Fue publicado en la ciudad húngara de Pest, había cambiado de editor, y fue dedicado a sus dos hijos. La obra tuvo un gran éxito y fue traducida al inglés en 1853. En ella explicaba las razones por las que realizó el viaje y se defendió de algunas críticas aparecidas en medios de comunicación:

«Otro viaje: un viaje, además, a regiones que todo el mundo intenta evitar. Esta mujer solo emprende sus desplazamientos para atraer la atención».

«El primer viaje, para una mujer sola, fue sin duda una empresa audaz. No obstante, en aquella ocasión la excusa aún podría haber sido un viaje por motivos religiosos; y aunque éste hubiera sido el caso, la gente lo encontraría muy increíble. Pero ahora nos hallamos con un nuevo viaje sobre el que no podemos dar ningún explicación acerca de los motivos por los cuales lo emprendió».

En el prólogo de esta obra, Ida refutó estas críticas, que habrían resultado inimaginables si se hubiera tratado de un hombre: «Así, y quizá de maneras más duras me juzgará la mayoría, y me harán un gran daño. Soy seguramente simple e inofensiva y habría imaginado cualquier cosa excepto que quisiera aprovecharme de la publicidad para llegar al público. Acabo de señalar mi carácter y mis circunstancias y no tengo ninguna duda de que mi conducta perderá su apariencia excéntrica y parecerá perfectamente normal». Pfeiffer explicaba su gran deseo de viajar desde que era pequeña y cómo soñaba con ello; se hizo cargo de sus hijos y de su educación y solo cuando ya fueron independientes pensó en viajar a regiones distantes y ver maneras de hacer y costumbres extrañas: «Imaginé la felicidad suprema que yo tendría si pisaba los lugares que habían disfrutado la presencia de Nuestro Salvador y aunque los peligros y las dificultades rondaban por mi cabeza ya había tomado una decisión. Las privaciones me importaban poco, mi salud era buena y tenía suficiente dinero: no temía a la muerte. Y más aún, como nací en la pasada centuria, podía viajar sola, ya tenía una edad avanzada. Así superé todas las objeciones, todo fue debidamente sopesado y considerado».

Pfeiffer no comentó sus proyectos gigantescos ni a su familia ni a sus hijos sobre el que sería su primer viaje alrededor del mundo y se limitó a decir que el propósito era visitar Brasil. Dejó Viena el 1 de mayo de 1846 y se dirigió a Praga, donde coincidió con su amigo el Conde von Berchtold, un médico y botánico que había conocido en Tierra Santa y le confirmó su interés por acompañarla a Brasil. Embarcaron el 8 de junio y llegaron a Río de Janeiro el 16 de setiembre, donde permanecieron durante dos meses y realizaron diversas excursiones por el interior del país, incluso en la región donde vivían los indios Puris, «una imagen absoluta de miseria y necesidad. Con frecuencia he visto pobreza en mis viajes, pero nunca tanta como aquí». Pfeiffer regresó a Río de Janeiro y a principios de diciembre, nuevamente sola, se dirigió por mar a Santos, Sao Paulo y Río Grande, donde vivió una violenta tormenta. El barco dobló el Cabo de Hornos y el 2 de marzo llegó a Valparaíso, en Chile, donde permaneció únicamente dos semanas, embarcó de nuevo con dirección a China.

El 25 de abril llegó a Papetee, en Tahití, donde estuvo tres semanas y conoció a la reina Pomaré. De allí marchó a China, primero Macao y después Hong Kong y Cantón. Le hubiera gustado quedarse más tiempo pero «una mujer europea era un espectáculo demasiado emocionante para los niños del lugar y temía exponerme al peligro de ser insultada por la población». Pfeiffer se dirigió entonces a Singapur y luego cruzó el estrecho de Malaca; el 18 de octubre marchó a Ceilán y dos semanas después llegó a la India, primero Madrás y más tarde Calcuta, donde pasó un tiempo prolongado. Remontó el río Ganges hasta Benarés, la ciudad más santa de la India; vio las ruinas de Sarnath, ciudad santa del budismo, y recorrió Kanpur, Allahabad, Agra y Delhi. Más tarde se dirigió a Indore y Bombay, un viaje de siete semanas, donde visitó las grutas de Adjunta y Elora y las islas de Elephanta y Salsette.

A finales de abril de 1848, Ida se dirigió por mar hacia Persia en un barco a vapor, pasó muy cerca de la isla de Ormuz y llegó a Bushir. A través del golfo Pérsico y navegando por el río Satt-el-Arab, formado por la confluencia de los ríos Tigris y Éufrates, Ida marchó a Basora, vio las ruinas de Ctesifonte y las de Seleucia y llegó a Bagdad. A finales de mayo se puso en marcha hacia Babilonia, a Mosul, uniéndose a una carava y atravesando el desierto, una aventura de catorce días, «un viaje repleto de dificultades y peligros, sin ninguna comodidad, sin cobijo y sin protección, como lo hacen los árabes más pobres». El 28 de junio la caravana se paró en Erbil y dos días más tarde llegó a Mosul, en una última etapa en la que cabalgó durante once horas. Visitó las ruinas de Nínive y Nimrud y decidió ir hasta Tabriz, un viaje audaz y peligroso donde llegó procedente de Urmia tras haber visto enormes enjambres de langostas que formaban grandes nubes.



Caravana árabe en marcha por Persia (*Round the world*, 1868).

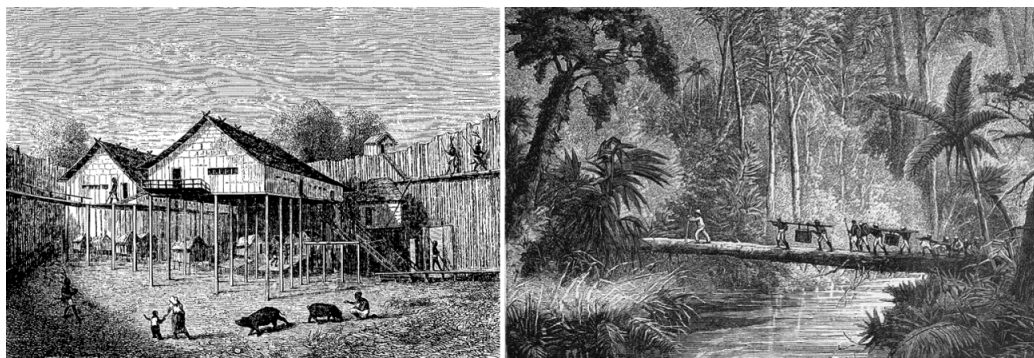
El cónsul ruso le extendió la autorización y cartas de recomendación para visitar Natschivan, Erevan y Tiflis. El 20 de agosto vio unas elevadas cumbres, entre las que destacaba el monte Ararat, con más de 5.000 metros de altura. Cuatro días más tarde llegó a Erevan y cinco después a Tiflis, la capital de Georgia. El 5 de agosto se dirigió a Marand, donde tomó un barco hacia Redut Kale (actualmente Kulevi) y luego otro en dirección a Kertsch. El 27 de setiembre partió hacia Odesa pasando por Feodosia, Yalta y la «imponente y espléndida fortaleza» de Sebastopol. Entonces se dirigió a Grecia, primero la isla de Egina y luego El Pireo, Atenas, Patrás, Corfú y Trieste, de donde partió a Viena el 30 de octubre, poco después de que la ciudad hubiera sido capturada por el ejército del príncipe Windish-Grätz, durante la revolución de 1848. Ida tuvo que esperar varios días frente a las puertas de la capital hasta que éstas se abrieron el 4 de noviembre y pudo confirmar que todos sus seres queridos se encontraban en buen estado. Este gran viaje por todo el mundo aumentó considerablemente la reputación de Ida Pfeiffer, una mujer que sin más ayuda que sus propias fuerzas recorrió a pie, a caballo, en camello y en barco, 4.500 kilómetros por tierra y más de 35.000 millas náuticas, un hecho extraordinario.

Su tercer libro apareció en 1850, a los dos años de su regreso de este gran viaje con el título *Eine Frauenfahrt um die Welt*, publicado en tres volúmenes en Viena y que tuvo un enorme éxito. Fue traducido al inglés y más tarde también al francés, con numerosas reediciones impresas. En la nota preliminar, Ida escribió: «No sé qué decir sin arte y sin

adornos lo que me pasó, lo que vi; y cuando quiero emitir un juicio solo puedo hacerlo según el punto de vista de mis apreciaciones personales. Puede haber personas que crean que fue solo la vanidad la que me empujó a emprender un largo viaje. Lo único que puedo decir es que quien así lo entienda debería emprender una aventura como la mía para convencerse de que nada, salvo un interés natural por viajar, un deseo desmesurado por adquirir nuevos conocimientos, podría ayudar a una persona a superar las dificultades, las privaciones y los peligros a los que yo he estado expuesta. Seré feliz si la historia de mis aventuras causa en mis lectores solo una parte de la inmensa fuente de placer que sentí».

Pfeiffer inició el segundo viaje alrededor del mundo el 18 de marzo de 1851, cuando dejó Viena y permaneció durante un mes en Praga y Hamburgo, donde tenía amigos y familiares. Más tarde marchó a Londres, aún sin proyecto definido y esperando la oportunidad propicia. Finalmente embarcó con dirección a Ciudad del Cabo, donde llegó el 1 de agosto, tras setenta y cinco días de navegación. Estuvo allí durante un mes valorando posibilidades y descartó un viaje por el interior del continente africano, que sería lento y muy caro. Pensó en dirigirse a Australia y embarcó hacia Singapur, donde pasó unos días en la jungla. Allí cambió su plan de viaje y se dirigió a la costa oeste de la isla de Borneo, a Sarawak, una propiedad cedida por el sultán de Borneo al inglés James Brooke; y desde la capital, Kuching, quiso conocer la etnia de los dayak, famosos por ser cortadores de cabezas.

El 20 de diciembre inició un recorrido por el río Sarawak y más tarde, por mar, hasta Sacaran, cruzó las montañas Sekamil y se embarcó de nuevo en dirección a Pontianak, mucho más al sur. El sobrino del capitán Brooke intentó disuadirla de este recorrido y le aseguró que el interior del país estaba lleno de dayaks en gran parte independientes y salvajes. Pero no le hizo caso y marchó por mar hasta la desembocadura del río Lupar, para luego remontarlo y llegar al Fuerte Sacaran (actualmente Sri Aman) con la intención de ascender la cordillera Sekamil y llegar al río Kapuas. Más tarde se dirigió a Landak (probablemente la actual Ngabang) y luego regresó a Pontianak.



Izquierda: Poblado dayak (*Le tour du monde*, 1862); Derecha: En marcha por la selva de Borneo (Recogido en Amélie Chevallier, *Les voyageuses du XIXè siècle*, 1889).

Ida decidió entonces ir a Batavia, la actual Djakarta, y buscar la oportunidad de partir hacia Australia, pero un holandés la convenció para ir a Sumatra y conocer a los batak y a los alfores en las Molucas. Consiguió un pasaje económico hacia Sumatra y el 13 de julio llegó a Padang, capital de las posesiones holandesas. Se dirigió al norte y llegó a Kaju-Tanam, al oeste del lago Singkarak, Fort-de-Kock (actual Bukittinggi), Panty y Muara Sipongi, ya en territorio batak. En Padang Sidempuan conoció a los últimos europeos, unos pocos oficiales y un encargado administrativo. A partir de allí viajó con escolta, cruzó el río Batang Toru sobre un puente colgante, formado por un solo tallo de

bambú de al menos 20 metros de largo y apenas 15 centímetros de ancho³ y recorrió las soberbias selvas repletas de "alang-alang", *Imperata cylindrica*, una hierba de alrededor de un metro y medio de altura, incluida en la lista de las 100 especies exóticas invasivas más dañinas del mundo.

Los batak no querían que Ida prosiguiera el camino, «varios hombres me amenazaron con palabras y gestos dándome a entender que si no retrocedía me matarían y me comerían. No podía entender sus palabras pero sus signos no dejaban ninguna duda porque señalaban mi garganta con sus cuchillos y mis brazos con sus dientes. Pensé que si podía decir algo que los complaciera y los hiciera reír tendría una gran ventaja sobre ellos, porque los salvajes son como niños, la menor bagatela suele ser suficiente para hacerse amigos de ellos. Así que me levanté y toqué el hombro del rajá que tenía más cercano, diciéndole con aire alegre y sonriente, medio en malayo y medio en batak que "no matarás y comerás a una mujer anciana como yo, cuya carne ya es dura como el cuero". Luego les hice comprender con gestos y palabras que no les tenía miedo y que estaba dispuesta a dejar a mis guías para irme con ellos, solo quería ir al gran lago. Afortunadamente mi palabrería y gesticulación les hizo gracia y les asombró mi calma y mi audacia. Entonces me tendieron sus manos y las filas de hombres armados se abrieron, con la sensación de haber escapado al peligro, partí de nuevo con mi escolta». Pero el 15 de agosto, poco antes de alcanzar el valle de Silingung, tuvo que tomar el camino de regreso, los batak le impidieron continuar viaje y alcanzar el lago Toba, «ningún europeo había penetrado hasta allí sin ser tratado como un enemigo, asesinado y comido; y fui obligada a regresar». El 9 de septiembre de 1852 llegó a Fort-de-Kock, donde sufrió un primer acceso de "fiebre violenta", sin duda un ataque palúdico, que fue recurrente a partir de aquel momento.

Ida partió más tarde hacia Semarang, en la costa central de Java; visitó Magelang y el templo de Borobudur, después Yogyakarta, Surakarta y Surabaya, donde embarcó hacia la isla de Célebes (Sulawesi) y llegó a Macassar (actual Ujung Pandang), la sede del gobierno holandés. De allí navegó hacia la pequeña isla de Ambón, en las Molucas. Se dirigió a Waihai, en la costa norte de la isla de Palau Seram donde habitaban los alfores, un pueblo salvaje y más ansioso por cortar cabezas que los dayak. Tras regresar a las Célebes, se dirigió nuevamente a Macasar y visitó el distrito montañoso de Duri, habitado aún por habitantes salvajes que vivían en aldeas, y en Pare Pare se reunió con el rey de Sidenrang, uno de los tres más importantes de Célebes.

Ida volvió a embarcarse en dirección a Surabaya y de allí zarpó con destino a San Francisco, vivió una tormenta terrible y el barco se vio obligado a navegar con todas las velas, temiendo un tifón. Más tarde se dirigió a Sacramento, luego Marysville y Crescent City, donde vio los indios del río Rogue. El 16 de diciembre embarcó con pasaje gratuito con destino a Panamá, hizo escala en Acapulco y más tarde cogió otro vapor hacia Guayaquil, en Ecuador. Pfeiffer había viajado hasta Lima con intención de cruzar la cordillera andina, llegar al río Amazonas y recorrerlo hasta el océano Atlántico. Pero la revolución peruana le impidió ejecutar estos planes y no pudo encontrar guías ni mulas, por lo que le aconsejaron que intentara pasar la cordillera a través de Quito. Ida marchó en dirección a Jujan y Guaranda por caminos muy difíciles y escarpados; cruzó la gigantesca cordillera andina por los alrededores del Chimborazo. Al principio, «el camino fue horrible y en los lugares más impracticables estaba

³ «No pude más que admirar la simplicidad de la construcción y la fuerza de este puente, el bambú se balanceaba libremente en el aire y solo los extremos descansaban sobre los troncos de unos árboles. Cuanto más nos acercábamos al centro, más temblaba el puente, que era cruzado por unas doce personas al mismo tiempo».

obligada a dejar mi caballo para ir a pie, lo cual me fatigaba aún más porque el frío aire de la montaña castigaba mi pecho y apenas podía respirar».

Pasó por Ambato y Latacunga, fue testigo de una erupción del volcán Cotopaxi y llegó a Quito. Desde allí a Guaranda y el río Guayas, donde estuvo a punto de ahogarse ante la impasibilidad del pasaje a bordo de la nave. En Guayaquil embarcó en dirección a la ciudad de Panamá; luego Aspinwal (actualmente Colón) en el ferrocarril y más tarde, en vapor, hacia Nueva Orleans, desde donde recorrió el río Misisipi: Napoleon, Fort Smith siguiendo el río Arkansas, Baton Rouge, Vicksburg, Little Rock y Fort Gibson, cerca de donde vivían los indios cherokee. Más tarde, siguiendo el río Missouri, llegó a Saint Louis; y de allí el río James, la pequeña ciudad de Galena, Saint Paul (ya en Minnesota) y las cataratas Saint Antony. Pfeiffer se dirigió posteriormente hacia Chicago en ferrocarril y recorrió el lago Michigan y llegó a Milwaukee; el lago Superior, donde vio un número considerable de indios chipewa y sioux; el lago Hurón, el río Saint Claire, Cleveland, Buffalo, las cataratas Niágara y Montreal. Finalmente, Pfeiffer tomó un vapor en dirección a Quebec y luego hacia Nueva York, donde visitó sus ciudades satélites, actualmente barrios de Brooklyn, Williamsburg, Hoboken y Staten Island. Ida permaneció allí hasta el 10 de noviembre, cuando embarcó en un vapor americano con destino a Liverpool y luego Londres, donde fue recibida muy cordialmente. A finales de diciembre marchó de la capital británica hacia Lisboa y luego Madeira, allí estaba su hijo Oscar. Estuvo en esta isla cinco meses y luego puso rumbo hacia Londres, Berlín y Viena, donde llegó en agosto de 1855.

La relación de su segundo viaje alrededor el mundo fue publicado en Viena en 1856, en cuatro volúmenes, con el título *Meine zweite Weltreise*, que obtuvo un inmediato éxito y fue traducido rápidamente al inglés y al francés y reeditado en diversas ocasiones. Ida escribió en el prólogo que «sonríe pensando en aquellos que, conociéndome únicamente por mis viajes, imaginan que debo ser más como un hombre que como una mujer. ¡Qué mal me juzgan! ¡Los que me conocen saben muy bien que aquellos que esperan verme con un metro ochenta de altura, modales audaces y una pistola en el cinturón, encontrarán en mí a una mujer tan tranquila y reservada como la mayoría de aquellas mujeres que nunca han puesto los pies fuera de su pueblo!». Al inicio de esta obra Pfeiffer agradeció el trato que le dispensaron los holandeses de las Indias Orientales, funcionarios públicos y oficiales que le brindaron los medios para completar su viaje con el mínimo gasto posible, incluso pasaje libre en todos sus barcos a vapor, pues «la suma de lo que podía disponer no era muy grande, y los 1.500 florines que me concedió el gobierno austriaco no habrían sido suficientes para cubrir los gastos de tan gran viaje.



Fotografía realizada por Franz Hanfstaengl en Munich, durante la estancia de Ida en 1856.

Ida inició su último viaje el 21 de mayo de 1856 con destino a Madagascar. Abandonó Viena y pasó por Linz, Salzburg, Munich, París y Londres. Vistas las dificultades para dirigirse a Madagascar, un país muy inseguro, decidió partir hacia Indonesia y en Rotterdam se embarcó con destino a Batavia; sin embargo, el barco debía hacer escala en Ciudad del Cabo y allí coincidió con Joseph-

François Lambert, un aventurero, empresario y diplomático francés que vivía en la isla Mauricio. Él se enteró de las intenciones de Ida por viajar a Madagascar y le hizo saber que había estado en aquella isla hacía dos años, conocía personalmente a la reina

Ranavalona y le había escrito desde París pidiéndole permiso para una nueva visita, «pues nadie sin su autorización puede visitar Madagascar».

Lambert convenció a Ida y dos días más tarde se embarcó hacia Mauricio, donde permaneció hasta el 25 de abril de 1857. Entonces se dirigió a Tamatave, ya en Madagascar, y esperó allí a Lambert, ocupado en unos asuntos comerciales en la costa africana. Una vez juntos se pusieron en marcha hacia la capital Antananarivo; al principio navegaron por riachuelos y lagos, entre ellos los de Nosive, Nossamasay y Rassaby, el puerto de Andevoranto. Remontaron el río Iaroka y continuaron camino a pie, cruzaron la cordillera en Ifody y alcanzaron el poblado de Ambodinangano, a unos cincuenta kilómetros de la capital.



Grabado representando Antananarivo en tiempos de Ranavalona con el gran palacio en el centro.

El 29 de mayo cruzaron otra cordillera y ya entraron en el país de Imerina, una magnífica meseta que se elevaba a más de 1.300 metros sobre el nivel del mar. Llegaron a los suburbios que rodeaban la ciudad y pronto conoció al príncipe Rakoto, el hijo de la reina Ranavalona. Ida permaneció en Antananarivo hasta el 17 de julio, un largo periodo de tiempo muy angustioso pues fue descubierto el complot que tramaba Lambert y todos los europeos fueron expulsado del país. El viaje de regreso a Tamatave fue terrible y se obligó a todo el grupo a realizarlo en cincuenta y tres días, pasando por zonas infectas, pantanosas y selváticas. Finalmente llegaron el 13 de setiembre a Tamatave y diez días después Ida desembarcó en la isla de Mauricio, donde permaneció recuperándose de los brotes palúdicos que la afectaban continuamente. A principios de junio de 1858 llegó a Londres y allí permaneció unas semanas restableciéndose; más tarde pasó por Hamburgo, Berlín y Viena, donde llegó el día 15 de setiembre.

El texto sobre este último viaje de Pfeiffer apareció en 1860 con el título *Reise nach Madagascar*, que comprendía el conjunto de notas, los viajes preparatorios y su estancia en Mauricio. La versión inglesa apareció un año después y aquel mismo año también fue publicado un resumen del viaje en la revista literaria *The Atheneum* y en la de viajes *Le Tour du Monde*; en 1862 apareció la traducción al francés, en la que fue añadida una larga introducción histórica sobre Madagascar, «para completar la información con las mejores fuentes», a cargo del profesor de filosofía y periodista Francis Riaux⁴.

A lo largo de sus enormes viajes Pfeiffer acumuló infinidad de experiencias, siempre curiosas y explicadas de una manera absorbente. Durante sus recorridos vio pirámides, géiseres, el mítico monte Ararat o el Chimborazo, que había pasado por ser la montaña más alta del mundo; los volcanes Hekla en Islandia y Cotopaxi en Ecuador. Los templos de Adjuna y Elora en la India, Dagoda en Ceilán o Borobodur en Java; las ruinas de Ctesifonte y Seleucia en Babilonia o Sarnath, cerca de Benarés; los grandes lagos estadounidenses y las cataratas del Niágara. Cruzó ríos, ascendió cordilleras y recorrió

⁴ La intención era ofrecer una imagen positiva de aquel país y favorable a los franceses, pues «se han extendido entre el público muchos prejuicios y noticias falsas sobre su geografía, el clima, el suelo y las diversas poblaciones de Madagascar tras los intentos de los franceses por establecerse en aquellas tierras». En resumen, en un momento en que Francia tuvo un real interés por conquistar aquella isla, no podía permitirse que la obra de Pfeiffer pudiera disuadir a los franceses para instalarse en ella.

los desiertos de Egipto, Persia y Mesopotamia y las selvas de Singapur, Borneo, Sumatra y Madagascar. Montó en caballos, camellos y elefantes; viajó acompañada, unida a caravanas o preferentemente sola. Conoció a Pomaré, reina de Tahití; a la reina Ranavalona de Madagascar, a su hijo el príncipe Rakoto y a Sidenrang, uno de los reyes de la isla de Célebes; visitó diversas tribus consideradas "salvajes", como los punis de Brasil, los dayak de Borneo, los batak de Sumatra, los afores de las islas Molucas y en Estados Unidos los indios del río Rogue, cherokees y sioux.



Un rajá dayak. Ilustración aparecida en el primer volumen de *Meine zweite Weltreise* (1856).

Ida también superó grandes peligros: tempestades en barco, agresiones, robos, amenazas de nativos, ataques de animales o el recurrente paludismo. Pasó frío, calor, hambre, sed e incomodidades de todo tipo; fue testimonio de los "pies menudos" de las mujeres en China, de sus jardines con "árboles enanos" o de los fumaderos de opio; visitó las "casas de entretenimiento" o de apuestas del oeste norteamericano y vio los terribles mercados de esclavos de Nueva Orleans, peores que en cualquier lugar del mundo. Trató sobre los misioneros, su manera de vivir «al estilo de la gente adinerada» y sus esfuerzos baldíos e interesados por convertir nativos; los asesinatos de recién nacidos que se producían en China o los castigos que se infligían a los prisioneros; las *suttis* o mujeres que eran quemadas en la India junto a los cadáveres de sus maridos, o "la prueba de juicio" por tangena, el castigo que se infligía en Madagascar ingiriendo las semillas de la planta *Cerbera manghas*, que contiene el potente glucósido cardíaco cerberín, extremadamente venenoso cuando es ingerido.



Izquierda: Ataque que sufrió Ida y el Conde von Berchtold por parte de un esclavo negro en Brasil, cuando se dirigían de Porto da Estrela a Petrópolis. El incidente, extremadamente peligroso, se saldó con unos cortes profundos en un brazo de Pfeiffer y en la mano del Conde. El agresor pudo ser finalmente detenido; su rencor y aversión contra los blancos provenía de los castigos que le infligía su amo (Ilustración recogida en *Voyages autour du monde de Mme. Ida Pfeiffer*, 1885).

Centro: Ataque de una "serpiente inmensa" en la selva de Singapur, "una boa de color verde oscuro con hermosas rayas amarillas que medía unos tres metros y medio de largo". El reptil fue muerto tras varios disparos de escopeta (Ilustración recogida en *Voyages autour du monde de Mme. Ida Pfeiffer*, 1885).

Derecha: "Cacería de tigres" cerca de Bombay, a lomos de un elefante, una práctica con gran riesgo: «Unos caballeros me explicaron que era importante que los elefantes no tuvieran miedo de los tigres y que no se movieran. En caso contrario, si echaban a correr, era muy probable que los cazadores quedaran heridos por las ramas de los árboles o incluso colgados de ellas, a merced de los sanguinarios animales» (Ilustración recogida en *Voyages autour du monde de Mme. Ida Pfeiffer*, 1885).

La obra de Pfeiffer es inmensa y provocó la admiración en geógrafos y viajeros de la talla de Alexander von Humboldt, Charles Ritter, Edmé-François Jomard o Heinrich Barth. La extensión de sus cinco libros comprende en total 2.893 páginas y no es posible resumirlas medianamente para la presente biografía. Por tanto, en las siguientes páginas se mostrarán solamente algunas particularidades de sus viajes, a modo de "momentos estelares"⁵.

Las enfermedades de Ida Pfeiffer y su muerte

A lo largo de sus viajes Ida tuvo una gran relación con los insectos que no se circunscribió al ámbito entomológico, pues sufrió su presencia con ataques de mosquitos, chinches, hormigas, garrapatas, cucarachas o piojos. En general, su salud se mantuvo en buen estado a pesar de una indisposición duradera en Río de Janeiro, con una «opresiva sensación de fatiga y debilidad»; diarreas en el barco que la conducía de China a Valparaíso o un ligero ataque de fiebre tifoidea mientras navegaba hacia Persia, todas ellas afecciones que podrían haber sido causada por insectos parásitos (mosquitos o moscas). Además, viajó por ciudades donde existían brotes de peste, cuyo transmisor es la pulga, como Damasco o Beirut; o cólera, que puede ser difundido por moscas, mientras navegaba hacia Kertsch en la Península de Crimea, o durante un trayecto en barco entre Baton Rouge y Vicksburg. Pfeiffer viajó por zonas donde se producían casos de fiebre amarilla, transmitida por mosquitos, como en Lima y en las Célebes padeció ántrax cutáneo o carbunco, que puede ser transmitido por tábanos, aunque no tuvo mayores consecuencias.

Pfeiffer explicaba que el 7 de agosto de 1852, mientras se preparaba para visitar a los dayak, fue atacada por «tal cantidad de mosquitos que sangré por todo el cuerpo, particularmente los pies». Es posible que no fueran estas picadas, en concreto, las que sirvieran para transmitirle la llamada "fiebre de Sumatra", pues de hecho se encontraba en una región altamente palúdica; pero el día 9 de octubre ya sufrió el primer brote y las fiebres no la abandonaron, ni en Sumatra, ni California, Ecuador o en los diversos puntos que recorrió de Estados Unidos, todas ellas regiones igualmente maláricas. En todo caso, lo sorprendente es que Ida no hubiera enfermado de paludismo durante su primer viaje alrededor del mundo, cuando igualmente visitó regiones endémicas de esta afección.

Pero fue en Madagascar donde el paludismo afectó gravemente a Ida, que ya estuvo muy enferma por la "fiebre maligna" los días 3, 4 y 5 de junio de 1857, mientras estaba en Antananarivo con la reina Ranavalona. Tras su expulsión de la capital malgache, el regreso hasta Tamatave fue muy desagradable y doloroso: «Nunca, en ninguno de mis muchos viajes, he padecido tanto. La reina no se atrevió a ejecutarnos públicamente pero estaba claro que su intención era que pereiéramos por el camino. Lambert y yo sufrimos enormemente debido a las fiebres; era extremadamente peligroso permanecer en aguas poco profundas durante mucho tiempo y respirar las exhalaciones perniciosas de los pantanos. Hubiéramos tenido que realizar el viaje lo antes posible y embarcarnos sin demora hacia Mauricio; allí encontraríamos un clima mejor y seríamos bien atendidos, porque no hay médicos en ningún lugar de Madagascar.

»Pero nada de esto nos fue concedido, la reina había dado órdenes en una dirección muy contraria. En lugar de hacer el trayecto en ocho días, que es lo normal, nos obligó a realizarlo en casi dos meses, exactamente cincuenta y tres días. Fuimos condenados a

⁵ En mi página web xaviersistach.com, en la pestaña "Biographica", está disponible una biografía de Pfeiffer mucho más extensa.

permanecer hasta ocho días, o quince, en lugares insalubres y en las chozas más miserables. A menudo, cuando sufríamos los episodios más violentos de fiebre nos arrancaban de estas estancias y reiniciábamos nuestro camino de nuevo, sin preocuparse lo más mínimo por el tiempo, si era bueno o llovía. Durante los cincuenta y tres días vestí siempre la misma ropa y a pesar de mis ruegos, el capitán rechazó asignarme un lugar separado donde pudiera cambiarme. Todos permanecíamos juntos en la misma choza, por pequeña que fuera. Realmente no puedo expresar todo lo que sufrí, especialmente durante las últimas tres semanas, cuando apenas podía levantarme del camastro y arrastrarme unos pasos».

El 13 de setiembre llegaron a Tamatave y los llevaron a una pequeña estancia donde se mantuvo el mismo trato miserable que a lo largo del camino precedente. No podían comunicarse con nadie y serían embarcados en el primer navío con dirección a Mauricio, donde llegaron diez días más tarde. Todo el mundo los daba por muertos y cuando la familia Moon, que la había hospedado durante su primera estancia en aquella isla, se enteró que Ida estaba muy enferma, la recogieron y la llevaron a su casa, el padre de familia era médico y farmacéutico. Unos días más tarde, Ida escribió las últimas palabra de su diario: «La reacción de la fiebre y todos los sufrimientos físicos y morales padecidos me provocaron una enfermedad tan violenta que los médicos se desesperaron durante muchos días por salvarme. Sin el cuidado y las atenciones de la familia Moon probablemente no lo habría superado. Pero el 9 de octubre de 1857, cinco días antes de cumplir sesenta años, declararon que estaba fuera de peligro, que Dios los recompense». Sin embargo, su estado era en realidad irreconocible, estaba esquelética y parecía que fuera diez años mayor.

En una carta enviada a su hijo Oscar, Ida le contó que había mejorado su salud en las últimas tres semanas y se sentía mejor cada día que pasaba: «La fiebre parece querer abandonarme por completo y he recuperado el sueño y el apetito». Como no sabía dónde se encontraba él en aquel momento, Ida decidió que «será mejor marchar a Australia, he encontrado una buena oportunidad para ir a Sídney y partiré en unos días. Creo que la travesía y el clima de Australia, me hará bien, llegaré en otoño, es su mejor estación y me restableceré por completo». Pero dos días más tarde escribió que «me he visto obligada a cambiar repentinamente mi plan de viaje debido a esta horrible fiebre de Madagascar, siempre vuelve y me debilita. Estaba lista para embarcar hacia Australia y la mayor parte de mi equipaje ya estaba a bordo, pero he sufrido un nuevo acceso. He trasladado mis pertenencias y próximamente viajaré en un vapor hacia Londres, me detendré allí poco tiempo, quiero llegar lo antes posible a Viena».

Su salud solo mejoró un poco cuando a principios de junio de 1858 llegó a la capital británica y permaneció durante unas pocas semanas. Entonces se trasladó a Hamburgo, donde residió durante los meses de julio y agosto e incluso fue hospitalizada. Luego marchó a Berlín, pero su estado no mejoró en absoluto y recibió cartas de sus familiares que la presionaban para que regresara a Viena; incluso Marie, la esposa de su hermano Cesar, quiso ir a buscarla pero ella rechazó cualquier visita y escribió a su familia diciéndoles que pronto se recuperaría y estaría suficientemente fuerte para emprender el viaje a Viena. Pero su enfermedad empeoraba y gradualmente fue perdiendo las esperanzas de una pronta recuperación, hasta que por fin aceptó que su cuñada fuera a buscarla y la trasladara a Viena. El estado de Ida era ya muy precario y el médico que la trataba confirmó el gran riesgo que significaba aquel viaje para la paciente, de manera que fue transportada en un vagón sanitario hasta la casa de su hermano Carl, donde llegó el 15 de setiembre.

Los médicos más distinguidos de Viena fueron convocados para dar opinión sobre su estado y el dictamen unánime expresó que Ida tenía un cáncer de hígado, sin duda causado por la fiebre de Madagascar, una enfermedad incurable. El clima vienés pareció ir bien a la paciente, durante la primera semana los dolores fueron menos agudos y Pfeiffer mantuvo esperanzas de recuperación, incluso comentó la posibilidad de hacer algún viaje corto y visitar a sus parientes de Graz o Trieste. Pero en realidad sus fuerzas disminuyeron de manera alarmante, «experimentó dolores violentos que raramente desaparecieron durante las últimas semanas de vida y a menudo deliraba. Durante sus últimos días le administraron opiáceos para suavizar los violentos ataques y finalmente murió la noche del 27 al 28 de octubre, cuando expiró lentamente y sin dolor aparente».

Su muerte fue anunciada en los boletines de las Sociedades geográficas y las publicaciones científicas especializadas; su nombre figuró en las noticias necrológicas de las publicaciones literarias y la noticia fue ampliamente difundida por los periódicos de gran tirada a nivel mundial.

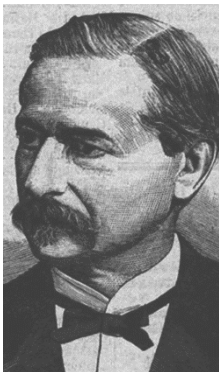


Ida fue enterrada en el cementerio St. Marx de Viena; pero treinta y cuatro años después se le asignó una tumba en el *Zentralfriedhof* de la misma ciudad, el que puede verse en la imagen. Este monumento funerario está encabezado por un globo soportado por dos delfines, decorado con un medallón con la efigie de Ida y una escena de un barco navegando durante una tempestad.

El libro sobre su viaje a Madagascar fue publicado póstumamente gracias a su hijo Oscar, que explicó los detalles de la edición: «Me encontraba en Buenos Aires cuando recibí la triste noticia de la muerte de mi querida madre. Poco antes de morir había expresado el deseo que yo pusiera en orden los papeles y las notas de su último viaje a Madagascar y las entregara al editor; ella no pudo hacerlo debido a la grave enfermedad que la afectó en la isla de Mauricio

inmediatamente después de su regreso de Madagascar.

»Cuando unos meses más tarde regresé de Buenos Aires a Rio de Janeiro me encontré con todos los papeles de mi madre. Pero su pérdida era aún muy reciente y el dolor demasiado agudo para que pudiera dedicarme a su lectura y escoger lo mejor, al menos con la atención y libertad de espíritu necesarios. Finalmente decidí cumplir con el último deseo de mi madre y como la piedad filiar me ordenaba, reproduje las notas que dejó la difunta con los menores cambios posibles».



Oscar Pfeiffer, el hijo menor de Ida. Retrato de época inconcreta.

Ida Pfeiffer y los insectos

En el primer viaje que hizo a Palestina, Ida ya empezó a recoger muestras naturales, en ocasiones en circunstancias difíciles, aunque no ha quedado registro de ellas salvo un poco de lava del Vesubio. El 1845, cuando realizó su viaje a Islandia, recogió muestras geológicas, botánicas y entomológicas e inició sus colecciones. Había buscado en los paisajes de un lugar misterioso la legitimidad de su viaje, una isla situada en los límites de las zonas habitables del globo, no muy lejos de los hielos polares, donde la actividad volcánica permitía el desarrollo de una fauna y una flora que en general no puede encontrarse en esas latitudes.

De todos modos, aunque Ida había recibido una buena educación no tenía cultura científica, pues ni en Austria ni en ningún otro lugar las ciencias eran enseñadas a las mujeres. Pero aprovechando los dos años que pasó en Viena tras su primer viaje a Tierra Santa, Pfeiffer se inició en el estudio de la naturaleza; entonces aprendió técnicas de conservación de plantas y animales y este interés nació tras el encuentro en Jerusalén con el Conde von Berchtold⁶.

En su estancia en Reikiavik estuvo con la familia Bernhoft, fue una estancia muy cordial y todos se movilizaron en búsqueda de flores, insectos y moluscos para ella. Islandia estaba de moda y las Cortes europeas enviaban naturalistas para aumentar sus colecciones de minerales, aves y otras curiosidades. Llegaban a la isla con numerosos regalos, los cuales distribuían entre los dignatarios y organizaban fiestas y bailes muy apreciados por la población, comprando todo aquello que sirviera para alimentar los *cabinets de curiosités* de sus empleadores. No viajaban solos, llevaban un numeroso equipaje y necesitaban caballos que compraban en el propio lugar; por esta razón los islandeses eran considerados vendedores potenciales de caballos y de todo tipo de curiosidades. Ida no podía viajar en las mismas condiciones, tenía poco dinero y esto no le facilitaba el trabajo. En cuanto los isleños supieron de las intenciones de la viajera se acercaron a ella con la idea de venderle cualquier cosa, incluso las más comunes. Al principio, Ida «compraba por caridad o para que no me siguieran importunando, porque si hubiera continuado con aquella actitud habría sido solicitada de la mañana a la noche. Los precios eran exorbitantes, incluso para un escarabajo que aparece debajo de cada piedra; moluscos que se encuentran a miles en las playas o huevos de pájaros comunes». El regateo se imponía y los precios bajaban, incluso a menos de la mitad de lo que se pedía inicialmente. Por tanto, las piezas que trajo Ida fueron recolectadas por ella misma y solo unas pocas procedieron de compras y cambios.

El *Vereinigte kaiserlich-Königliche Naturalien-Cabinet*⁷ se interesó por sus recolecciones y significó un aspecto adicional a su viaje, pues le permitió ganar algo de dinero que serviría para financiar sus siguientes expediciones. Los resultados de esta colección se imprimieron en el apéndice de su libro sobre el viaje a Islandia; se trataba de un listado con los invertebrados recolectados en aquellas regiones y otro más sobre las plantas coleccionadas, en total cincuenta y dos especies pertenecientes a veintiséis familias. La relación sobre insectos es ciertamente menor, solo veinticinco especies, todas ellas clasificadas y pertenecientes a los órdenes Coleoptera, Neuroptera, Hymenoptera, Lepidoptera y Diptera. Se desconoce cuántos ejemplares fueron capturados, su localidad exacta o quién los clasificó más tarde.

El dinero que Ida ganó con la venta de las colecciones, juntamente con las comisiones recibidas por la obra publicada, la animaron a emprender un proyecto de viaje más ambicioso, su primero alrededor del mundo. Allí recolectó insectos que probablemente fueron vendidos, en gran parte, a los museos de Berlín y Viena, aunque no queda prácticamente constancia. Sabemos por sus notas que realizó intensivas excursiones entomológicas en Brasil (Petrópolis, Fazenda Boa Esperanza y Aldea do Pedro), pero luego ya existen pocos indicios de sus capturas, excepto cuando se dirigió por el río Tigris hacia Basora.

⁶ Friedrich Bertholdt, conde de Ungarschütz, era uno de los representantes más conocidos de la familia de Bohemia y poseía el castillo de Buchlov, a medio camino entre Brno y Bratislava. En 1848 fundó, junto a su hermanastro Léopold, un museo en una de las alas de su castillo para mostrar sus colecciones de historia natural y colaboró en la creación del Museo Nacional de Praga.

⁷ El Gabinete de Historia Natural del Real Imperio, que más tarde se convertiría en el Museo de Historia Natural de Viena (*Naturhistorisches Museum*).

En el segundo viaje alrededor del mundo, sus recolecciones entomológicas aumentaron exponencialmente, como queda registrado en el relato que escribió más tarde, pues sabemos que cazó insectos en Ciudad del Cabo, Singapur, Borneo (río Lupar, río Kapuas, Landak o Pontianak), Sumatra (lago Singkarak o Fort-de-Kock), islas de Ambón y Célebes (Pare Pare); en Ecuador necesitó trementina, por lo que es de suponer que también habría recolectado allí, igual que en Little Rock, ya en Estados Unidos.



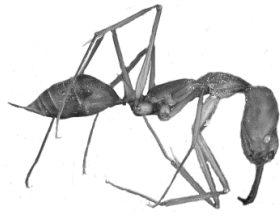
Izquierda: El vestido típico de Ida Pfeiffer. (Ilustración aparecida en la revista de moda *Die Wiener Elegante*, 1856). Derecha: Puente de bambú en Borneo e Ida cruzándolo con su inconfundible cazamariposas. (Ilustración aparecida en el segundo volumen de *Meine zweite weltreise*, 1856).

Los insectos capturados en este segundo viaje alrededor del mundo, al menos parcialmente, fueron vendidos a través del comerciante Samuel Stevens y en parte fueron a parar al *British Museum*. Las recolecciones efectuadas por Ida en el archipiélago malayo tienen su importancia pues probablemente sirvieron de impulso para decidir a Alfred Russel Wallace a viajar por aquellas regiones, y en cierta medida él siguió sus pasos y se refirió a las colecciones de Pfeiffer en una carta que escribió desde Singapur (10 de mayo de 1856), más de un año después de que sus ejemplares de las Célebes, Ambón o Seram hubieran llegado al *British Museum*: «En sus catálogos de coleópteros de las familias de cetónidos, bupréstidos, longicornios y también lepidópteros de la familia de los papilionidos, no se registra ningún ejemplar de las Célebes y muy pocos de las Molucas; pero las muchas especies descritas por los antiguos naturalistas, algunas de ellas obtenidas recientemente por la Sra. Pfeiffer, prometen que podría producirse una colección sistemática».

Los autores W. Horn e I. Kahle⁸ indicaron que los ejemplares recogidos por Pfeiffer en Tierra Santa, Islandia y el primer viaje alrededor del mundo fueron aparentemente divididos entre el *Naturhistorisches Museum* de Viena y el *Museum für Naturkunde* de Berlín, donde tampoco queda ningún registro. Los ejemplares recogidos en el segundo viaje alrededor del mundo y el último a Madagascar fueron presuntamente divididos entre los dos museos antes citados y el *British Museum*. Según la entomóloga austríaca Dra. Ulrike Aspöck, el material recogido por Pfeiffer se encuentra disperso en las colecciones de Viena y Horn y Kahle incluyeron especies de Mauricio y Madagascar, islas de la Sonda y América del Norte en los tres museos antes reseñados.

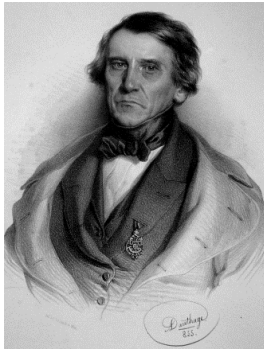
Presumiblemente, Ida contrató los servicios como agente de Stevens durante su estancia en Londres en la primavera de 1851; y fue a través suyo que el material procedente del lejano oriente llegó a las diversas colecciones. Algunos himenópteros de Pfeiffer fueron adquiridos por Frederick Smith y unos pocos ejemplares de su colección llegaron más tarde al Museo de Oxford con la parte comprada por el entomólogo Edward W. Janson y adquirida en 1879 por John Obadiah Westwood. Otros himenópteros recogidos por Pfeiffer han sido encontrados en Leiden entre ejemplares sin nombre, probablemente no intercambiados, y es muy posible que haya más en otros lugares.

⁸ *Über entomologische Sammlungen, Entomologen & Entomo-Museologie. Ein Beitrag zur Geschichte der Entomologie* (1935-1937).



Odontomachus saevissimus, especie nueva de hormiga clasificada por Smith en 1855. Fue recolectada por Ida Pfeiffer en Ceram, posteriormente vendida a Stevens y finalmente depositada en el *British Museum*.

Los conservadores del *Naturalien-Cabinet* pronto mostraron interés por las colecciones de Ida y se convino la necesidad de instruirla sobre la manera de recolectar y distinguir las especies más interesantes⁹. Ella había recogido animales, plantas, minerales y objetos etnográficos y solicitó financiación al propio Estado austriaco para sufragar sus desplazamientos. Carl von Schreibers, director del *Naturalien-Cabinet*, reconoció que «Ida Pfeiffer, siguiendo sus intereses sobre historia natural, y por sus medios y circunstancias, recolectó material de historia natural en su último viaje alrededor del mundo, entre 1846-1848, y al regresar a su ciudad natal ha ofrecido todos sus tesoros a nuestro museo». En una reunión del Consejo de Ministros austriaco se trató la solicitud de Ida y le otorgaron 1.500 florines. Esto ocurrió tan solo un mes antes de iniciar su segundo viaje alrededor del mundo, por lo que ella se vio en la obligación moral de recoger más especies animales y enviar el material a Vincenz Kollar, médico, entomólogo y museólogo, conservador del gabinete zoológico.



Litografía de Vincenz Kollar realizada por Adolf Dauthage (1855).

El 30 de noviembre de 1851, Kollar recibió una carta de Ida escrita desde Singapur, en la que le explicaba que «espero que haya recibido una caja proveniente del Cabo de Buena Esperanza y solo desearía que hubiese algo nuevo y útil para nuestro museo. Desde aquí le enviaré otra caja, pero no sé si la recibirá antes de finales de marzo. El contenido principal es marino, algunas algas, caballitos de mar, estrellas, etc. Pasé cinco días en la jungla acompañada por unos pocos nativos y toda la jornada, desde la mañana hasta la noche la dedicábamos a la búsqueda de insectos. Pero la recolección fue escasa, pues aunque examinamos muchos troncos de árboles podridos y hojas secas, no encontramos señales de escarabajos ni de caracoles terrestres. En el recipiente que le envío se encuentra una enorme oruga blanca que se escondía bajo las hojas caídas. Los numerosos y pequeños gusanos que encontrará en los frascos proceden del mar. Por desgracia, durante mis excursiones no he dispuesto de alcohol suficiente para poder conservar los animales cazados, de manera que tuve que tirar muchas especies grandes porque se estropeaban, incluyendo un pez negro sin aletas que tenía los intestinos llenos de gusanos blancos, o una serpiente negra y marrón que encontré bajo las raíces de un árbol.

»Querido Sr. Kollar, no creo que pueda usted imaginarse lo difícil que es para mí deshacerme de los objetos recolectados sabiendo el poco dinero que tengo. Dios sabe cómo me sentiré en Sarawak, pues iré allí dentro de unos días, tendré que andar mucho y no sé qué podré mandar. Si usted encuentra algo de interés entre las cosas que le envío, estaría bien que las publicara en los periódicos o revistas más leídas, pues quizás entonces el Gobierno se permita brindarme más apoyo. Entre los insectos que se encuentran en los botes pequeños encontrará dos que son de color verde, especialmente caprichosos, fue un gran placer recolectarlos. Las dos serpientes terrestres fueron recogidas en Singapur y las dos grandes arañas estaban en sus telas, entre los árboles.

⁹ Por las descripciones muy imprecisas o inexistentes que hizo Pfeiffer sobre las especies de insectos que recolectaba, parece claro que no tenía un buen dominio de la clasificación y sistemática científica.

»Me despido de usted, querido Sr. Kollar, y si fuera posible le pediría que me mandara dinero, pues cualquier tipo de financiación tiene un gran valor para mí. Si tengo la oportunidad de escribirle desde Sarawak, no dude que lo haré».

Durante este segundo viaje alrededor del mundo llegaron tres envíos al *Naturalien-Cabinet* y Kollar sabía que Ida arriesgaba su vida para conseguir aquellas colecciones. Entusiasmado por lo que recibió, solicitó un nuevo subsidio de 750 florines: «El *Naturalien-Cabinet* confirma que la viajera austriaca, Ida Pfeiffer, inspirada por un coraje excepcional y un espíritu empresarial admirable, ha viajado el último año por Ciudad del Cabo, la Indias orientales, Borneo, Java y Sumatra; y según la promesa que hizo, ha completado colecciones de historia natural siguiendo las instrucciones que le fueron dadas. Ha hecho tres envíos con productos naturales de estas zonas, en las que ha debido superar muchas preocupaciones y privaciones, incluso peligros mortales. Ella ha ofrecido la primera opción de compra de los tesoros capturados al Gabinete Imperial.

»Estas colecciones contienen especímenes de todo el reino animal, pero sobre todo anfibios, peces, insectos y conchas, tan abundantes en aquellos climas tropicales. El Gabinete Imperial, gracias a estas adquisiciones, ha enriquecido sus colecciones patrias con varios centenares de especies, entre las cuales hay muchas que aún son totalmente desconocidas. Por tanto, no se trata solamente de una ganancia para esta institución sino que a su vez es una conquista de la ciencia. Teniendo en cuenta los logros conseguidos por esta viajera, el *Naturalien-Cabinet* y las autoridades del Estado deberían tener en cuenta sus sentimientos patrióticos y mostrarse proclives a ayudar financieramente a Ida Pfeiffer, teniendo en cuenta que su intención es viajar por el océano Índico y los mares del Sur con el fin de recolectar más especies de historia natural». Sin embargo, el ministro de finanzas no encontró motivos suficientes para financiar a Ida alegando que existían centenares de cajas con colecciones similares pendientes de estudio. Además, añadió que «es difícil creer que una mujer sin educación científica comprenda qué cosas debe recoger y sean valiosas para la ciencia». Finalmente, la petición de Kollar fue atendida por el Consejo de Ministros y aprobada por una estrecha mayoría. El *Naturalien-Cabinet* de Viena adquirió 2.500 objetos de historia natural recolectados en este segundo viaje alrededor del mundo, por los que Ida percibió 1.971 florines.

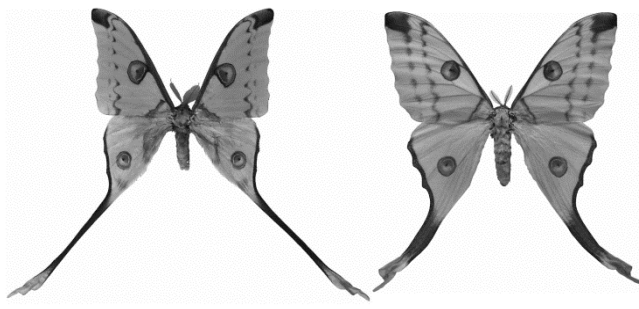
Aparte de las comisiones recibidas como autora, de las ventas de sus colecciones y de la financiación del gobierno austriaco, diversas sociedades científicas también hicieron aportaciones. La *Royal Geographical Society* de Londres le concedió un subsidio de 20 libras recaudado por los propios miembros de la Sociedad para colaborar en su viaje a Madagascar; y el Príncipe Consorte de Sachsen-Coburg y Gotha contribuyó con 97 florines. Los especímenes recolectados por Pfeiffer no fueron objeto de estudios especiales, pero una buena parte de sus ejemplares se incorporaron en trabajos publicados a lo largo del tiempo. Sin embargo, sobre el viaje a Madagascar existe una relación detallada de la especie que fueron a parar al *Naturalien-Cabinet*. Se trataba de una pequeña obra escrita por Kollar, *Über Ida Pfeiffers Sendungen von Naturalien aus Mauritius und Madagascar*, leída en la reunión científica del Museo del 22 de julio de 1858: «De nuestra viajera, la famosa Ida Pfeiffer, han llegado al gabinete de zoología del Museo dos cajas con especies diversas. La primera contiene principalmente objetos zoológicos que ella recogió en la isla Mauricio el verano pasado¹⁰.

¹⁰ A pesar del gran interés que tuvo Ida por recolectar insectos en este viaje, la mayoría corresponden a la isla Mauricio. En Madagascar realizó capturas en Tamatave y posiblemente en el trayecto de ida hacia Antananarivo y quizás en el de vuelta, pero su situación personal era tan peliaguda y estuvo tan aquejada de paludismo que las capturas de insectos habrían sido insignificantes.

»Excepto algunas especies de reptiles y un pez de agua dulce, los contenidos de esta caja contienen invertebrados: ciento veintidós especies de insectos, cuatro arácnidos, tres crustáceos, dos gusanos helmintos y veinte moluscos. Gran parte de estas especies son nuevas en el Museo Imperial, especialmente los insectos y moluscos. De los primeros cabe destacar un tipo de termita sin conocimiento previo que en Mauricio destruye especialmente los árboles más grandes y Pfeiffer ha enviado tanto adultos como larvas. Otro insecto cuya importancia económica no es menor y hemos recibido igualmente de esta misión, es una especie de la llamada "fiebre escarlata" (*Coccina*), de la cual la viajera nos informa que «estos pulgones son la ruina de todos los árboles y se conocen en Mauricio desde hace solo unos años». Por lo que respecta a la distribución geográfica de los insectos debe señalarse que las mariposas *Sphinx Atropos* L. y *Sphinx Nerii* L. se encuentran en Mauricio y son nativas de esta isla.

»Si las especies de Mauricio, que ya han sido estudiadas por muchos naturalistas, constituyen una cosa nueva e interesante, la segunda caja, que conforma las recolecciones de Madagascar, es aún más importante. Pfeiffer llegó hasta la residencia de la reina Ranavolona, donde fue privada de libertad y poco tiempo después expulsada del país bajo escolta militar. A pesar de estas condiciones desfavorables y además de sufrir la fiebre virulenta que prevalecía en aquellas regiones, la viajera no ha dejado de señalar la peculiar fauna de esta isla¹¹.

»Las diversas clases de invertebrados son en proporción las más ricas y también existen muchos ejemplares que aún faltan en el Museo Zoológico, así como algunas especies hasta ahora no descritas, que tras una cuidadosa investigación, propondré publicar en los escritos académicos. De momento, me permito dar un resumen de ellos: en este envío constan ciento ochenta y ocho especie de insectos, diez especies de arácnidos, tres crustáceos y quince moluscos. Muchos coleópteros han sido descritos por Klug en las publicaciones de la Academia de Berlín y la mayor parte de los lepidópteros están descritos por Boisduval en su *Faune entomologique de Madagascar, Bourbon et Maurice* publicada en 1833. Entre estos últimos, además, hay una especie excelente de la familia Bombycidae que no figura en la lista de Boisduval y que está muy relacionada con la *Saturnia mimosae* de Port Natal, y que yo querría describir con el nombre de la viajera, *Saturnia idae*». Algunos invertebrados fueron clasificados en su honor: trece insectos, un arácnido, dos miriápodos, una alga, una esponja, un crustáceo, una babosa, una rana y un pez (ver pliego de láminas).



Saturnia idae es la gran mariposa *Argema mittrei* (macho y hembra) que ya había sido clasificada anteriormente, en 1847, por el entomólogo francés Guérin-Meneville. Kollar pagó a Pfeiffer 10 florines por esta polilla, una cantidad muy sustancial¹².

¹¹ Pfeiffer envió nueve especies pertenecientes a ocho géneros de mamíferos, de las cuales dos eran nuevas para la ciencia; y además recolectó murciélagos, roedores y erizos, veintitrés especies de reptiles y hasta sesenta y un pájaros que pertenecían a catorce especies distintas, algunas de ellas desconocidas.

¹² Esta mariposa es conocida como "polilla de la luna de Madagascar", autóctona de sus bosques lluviosos y en peligro de extinción por causa de la pérdida de espacios naturales. El macho tiene una extensión alar de veinte centímetros y una cola de quince, una de las mariposas más grandes del mundo. La hembra puede poner entre 120-170 huevos; el capullo tiene numerosos agujeros para evitar que la pupa se ahogue debido a las lluvias diarias que se suceden en su hábitat natural. La polilla adulta no puede alimentarse y solo vive durante cuatro o cinco días.